

de la redención—puede abolir las otras banderas, y, con ellas, todas las causas del odio y de la lucha.

Mas, los hombres prudentes de la tierra lo estorban.

BENDECIR: ¿Qué?

Imposible bendecir algo; porque, no obstante la opinión contraria de los mismos sacerdotes, este mundo no es más que la antecámara del infierno.

DIAMANTE: Usado en el dedo o colgados de la oreja, etc., de todos los ricos miserables (hombres así como mujeres) que nada tienen dentro de sí brillante y bello.

El «Diccionario» tiene un estilo oratorio. Pudo haber alcanzado un efecto mayor, si se hubiera proclamado con cólera y gesto ante una multitud desalentada. Sin embargo, la página impresa lleva también su gesto. Como en

la poesía última de Mallarmé, las palabras están colocadas sobre la página con un cuidado exacto de la impresión visual que su posición producirá. Una sola palabra puede ocupar una línea entera. Hay interrupciones, adornadas con guiones; gradaciones que sugieren un lenguaje inspirado y espontáneo. La cualidad oratoria de Papini no está confinada únicamente a la forma de la composición impresa. Mucho del «Diccionario» parece construido con la psicología de la oratoria. A medida que la arenga avanza la osadía magnética del orador arrastra muchos puntos que parecían abiertos a la discusión de una reflexión más madura.

HEYLBUT WOOLSTEIN

(Trad. del inglés para REPERTORIO AMERICANO).

LA RELIGION Y LA ESCUELA

Lo de siempre

HEMOS oído a un joven conferenciante encarecer la necesidad ineludible de la enseñanza religiosa en las escuelas. El tema en sí no entraña novedad. Se viene practicando tantos siglos hace, se viene propagando hace tantos años, que muy asustadizo habría de ser quien de ello se asombrara. Pero el conferenciante se exalta. Un público, no muy respetuoso con tan acendradas doctrinas, le interrumpe, y, valeroso y retador, el exponente prorrumpe en himnos y loores al sentimiento religioso y en despectivas conmiseraciones a los desgraciados que de tal sentimiento carecen. «Hay que enseñar a los niños—acaba por decir—una religión, la que sea; pero una. Todo, menos la escuela laica, ni la neutra, cien mil veces peor». Y lo dice con la seguridad del que se halla en posesión de la verdad, y con el heroísmo de quien está dispuesto a defenderla en todos los terrenos, hasta la muerte si es preciso.

Tres emociones distintas suscitan en nuestro ánimo las palabras de este joven apóstol:

La primera es de sorpresa. Comprendemos que se defienda la necesidad de la enseñanza religiosa; pero no deja de admirarnos el oír que lo esencial en ella sea la existencia de un dogma y lo menos esencial su contenido. Que sea lo mismo creer en Jesucristo, en Budha o en Osiris, con tal de creer en alguien. Que el Misterio de la Santísima Trinidad corra parejas en eficacia

pedagógica con la revelación divina del Korán.

La segunda fué de piedad por el alma de aquel joven latitudinarista, reiteradamente condenado por el «Syllabus» en sus encíclicas «Qui plúribus», «Ubi primum», «Singulari quídem» y demás que pueden verse en cualquier Enciclopédico.

La tercera fué un recuerdo de aquellos ya lejanos días de la adolescencia.

Había en cierto colegio de provincias un padre jesuita, pequeñito, nervioso y con tal fuerza de imaginación que, no levantando casi dos cuartas del suelo, pintaba unos cuadros enormes, con asuntos, naturalmente, religiosos, y, en época de ejercicios espirituales, nos metía el corazón en un puño con sus descripciones del infierno y de los tormentos de los réprobos, que en cuestión de sermones constituían su especialidad. Y ocurrió que un día de fiesta, que nuestro buen padre se salió al campo dando un paseo, acertó a encaminarse por donde estaban zanganeando unos mozarrones, los cuales tan pronto le vieron empezaron a mofarse, y, apenas fué pasado, se deshicieron en insultos, llamándole «cuervo», «grajo» y demás acostumbradas groserías, que el hijo de San Ignacio oía resignadamente.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Animados ellos con la cristiana mansedumbre del religioso, redoblaron sus injurias y denuestos, y, pasando de las palabras a las obras, cogieron unas cáscaras de melón y de sandía, desperdicios de su merienda, y se las tiraron con irreverente algazara. ¡Y qué creyó el buen jesuita! Algo muy transcendental debió pasarle por las mientes cuando, mal envuelto en el manteo, comenzó a gritar: «¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús!», y, alzando los brazos al cielo en actitud del que de un momento a otro caerá para no levantarse, echo a correr, seguido no gran trecho por sus inturbanos agresores, hasta entrarse por las puertas del Colegio, donde pronto circuló la piadosa nueva de aquel martirio frustrado, que dió materia abundosa a pláticas y homilías.

Es la eterna historia de nuestro fervor religioso. Energía inmensa, que bastara a realizar las más gigantescas obras, de poder ser encauzada. Pero que, como las fuerzas de las olas, que batiendo constantemente el acantilado, en su incesante ir y venir, arrancando de cuajo las rocas que golpean y destrozando un día el ingente muro que la razón humana opuso a su furor, es fuerza inaprovechable que se pierde en inútiles choques y en inútil espuma.

¿No bastaría con que cultiváramos en el corazón del niño la idea del bien que, como un imperativo, aparece escrita en la razón y en la conciencia de todos los hombres? ¿Y que cultiváramos a la par en su corazón y en su inteligencia la idea del deber?

Si estas luminarias nos acompañan en nuestro paso por la vida, y si ellas son bastantes a determinar la rectitud de nuestros actos, ¿a qué el empeño de ahondar en el misterio de la muerte?

«Me parecerá muy bien—decía Goethe, según Eckermann—encontrarme con que, a la terminación de esta vida, empieza otra. Lo que no quisiera es encontrarme allí con gentes que hubiesen creído en ella. ¡Porque sería un tormento terrible! Me vería rodeado de personas piadosas, que me estarían diciendo sin cesar: «¿No teníamos razón? ¿No se lo habíamos predicho? ¿No ha ocurrido lo que decíamos?» Y también allí seguiría el hastío».

Y añadía: «El tema de la inmortalidad es propio para gentes distinguidas, y, sobre todo, para señoras que no tienen nada que hacer. Pero un hombre trabajador, que cree hacer algo serio aquí abajo y que, por tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y procura hacer labor útil y provechosa en ésta».

FERNANDO GIL MARISCAL

(La Libertad, Madrid).